

Homilía pronunciada por el P. Gianfranco Ghirlanda, S.J. en la Basílica de Nuestra Señora de Guadalupe y San Felipe Mártir

29 de septiembre, 2018.

En este pasaje del Evangelio de Lucas se entrelazan la destrucción de Jerusalén y la segunda venida gloriosa de Cristo el hijo del hombre. Con respecto a la destrucción de Jerusalén, Lucas dice que todo lo que está escrito debe ser cumplido, lo que significa que este acontecimiento histórico se inserta en el plan de Dios. Es el cumplimiento de lo que Dios ha prometido: la salvación, el cumplimiento de las escrituras. De todas las promesas de Dios y todo eso se realiza con la muerte y resurrección de Jesús, De hecho, la destrucción de Jerusalén marca los nuevos tiempos inaugurados por la muerte y resurrección de Jesús los cuales se encuentran en la plenitud en la segunda venida en la gloria de Jesús mismo.

Esto me ha sugerido dos ideas que quisiera transmitirles. Los versículos clave son los dos últimos sobre la venida del hijo del hombre lleno de poder y gloria y el hecho consecuente de que es tiempo de tener ánimo y levantar la cabeza porque la liberación esta llegando. Por lo tanto, la segunda venida del Señor debe ser vista, como sugiere el salmo que hemos leído, la esperanza en su misericordia y fidelidad y no con temor. De hecho, todo el Apocalipsis que estamos leyendo en estos días, aunque a través de símbolos aterradores, es un anuncio de esperanza en el cumplimiento lleno de la salvación porque Cristo ha resucitado y ha vencido al mal. En el pasaje que hemos leído esta simbolizado por Babilonia. Pero Cristo nos ha puesto a todos nosotros ya en el tiempo definitivo. Así que la derrota del mal ya esta operando ahora. Tenemos que confiar en esto. El mal no es solo el mal moral. El mal es también todo lo que constituye nuestra debilidad, nuestros limites. Si los miramos solo a ellos (a los limites) y no los insertamos en la realidad más amplia de la presencia activa del Cristo resucitado en cada uno de nosotros, permanecemos paralizados y no tenemos confianza en el futuro porque no tenemos confianza de nosotros y de los otros. Aquí esta el engaño del maligno porque nuestra debilidad y la de los demás; nuestras limitaciones y las de los demás son una verdad, pero no son toda la verdad. Con la verdad parcial que se nos presenta también nos tragamos la mentira de que las cosas no pueden ser realizadas. Si veo un limite en el otro debo preguntar que debo y puedo hacer para ayudarle a superar este limite. No puedo simplemente enfatizar el limite porque significa que no tengo confianza en la capacidad que yo mismo tengo de ayudar al otro a superar el limite que tal vez realmente tiene. Seguramente cada uno de ustedes puede descubrir los

limites propios y de los demás y tener miedo ante el camino que después de la asamblea debe emprenderse. Pero debe tener confianza en que Dios no abandonará en la implementación de aquello a lo que Él nos conduce.

El otro aspecto que me gustaría enfatizar es que la destrucción de Jerusalén y del templo relacionado con el cumplimiento de las promesas de Dios en la muerte y resurrección de Jesús, sitúan el hecho histórico de la destrucción de Jerusalén y del templo también en otro horizonte. La destrucción del templo simboliza el fin del antiguo culto y el advenimiento del nuevo y definitivo culto que comenzó con el culto perfecto que Jesús hizo al padre en la cruz ofreciendo a Él (al padre y a los hombres) todo de si mismo. El nuevo culto que Dios quiere de nosotros es en espíritu y verdad. Porque con una participación en el culto que Cristo ha hecho al padre de una vez por todas es un culto realizado en la ofrenda de nosotros mismos, de todo lo que somos y tenemos. Este es el verdadero culto de alabanza a Dios el cual es manifestado y nutrido por los diversos actos de culto externos que estamos llamados a cumplir.

Los actos de culto que realizamos son salvíficos para nosotros si se cumplen en la ofrenda diaria de nuestras vidas. De lo contrario permanecen actos puramente exteriores sin repercusiones en nuestras vidas. En la realización de lo que se decidirá en la asamblea, el verdadero culto al que todos estarán llamados es ofrecerse a Dios al servicio de los otros miembros del Regnum Christi en la paciencia de recibirlos como son, para construir juntos el reino de Cristo. Esto puede significar momentos de mortificación y fatiga, pero será lo que dará sentido a los actos de culto que cumplirán diariamente.